Narrativa Hispánica

La inteligencia narrativa

Álvaro Pombo

Cuentos reciclados

Anagrama, Barcelona, 1997

En la contracubierta de la edición de *Cuentos reciclados* se emplea un adjetivo que he visto utilizado en reseñas de prensa de los últimos meses: "pombiano", para referirse a admiradores de Álvaro Pombo. Hay en esta caracterización alguna verdad que excede la esperable loa de género en la contracubierta de un libro suyo: el hecho indudable de ser creciente la estimación literaria por este autor, que ha merecido por su novela *Donde las mujeres* el Premio Nacional de Literatura de 1997, después de haber obtenido el Ciudad de Barcelona y hace años el de la Crítica por *El metro de platino iridiado* (1981). ¿Podría decirse que todo escritor genera un adjetivo? No. Para que pueda decirse que un lector es "pombiano" (o "antipombiano", que también los hay) debe darse antes una condición: la de tener una personalidad literaria propia, una voz característica y definida en el concierto literario actual tan lleno de remedos y falsetes. Y no hay duda de que Álvaro Pombo brilla con luz propia y goza de un estilo muy personal, característico suyo.

Cuentos reciclados es un libro muy pombiano, lo que equivale a decir que es una colección de cuentos ejecutada desde la inteligencia y la madurez narrativa. En un género tan difícil como el cuento, Pombo exhibe sobre cualquier otro rasgo el de la inteligencia, que reclama asimismo un lector cómplice y nada convencional: el tipo de lector capaz de aceptar en el narrador un grado mayor de agudeza y de sutil perspicacia que el que

acostumbra la narrativa española de hoy. En los once cuentos predomina la sutileza tanto en la elección de la anécdota base –que poseen todos de modo nítido– como en la ejecución estilística, que es sobre todo muy variada. Respecto a las anécdotas, Pombo conoce que el género cuento exige el desarrollo en profundidad de una acción mínima acaecida a uno o dos personajes. Los once cuentos cumplen perfectamente esta condición de piezas donde la acción se concentra en intensidad en torno a dos o tres figuras, sorprendidas en un momento preciso de sus existencias, que es sostenido en tensión desde el comienzo al final del cuento.

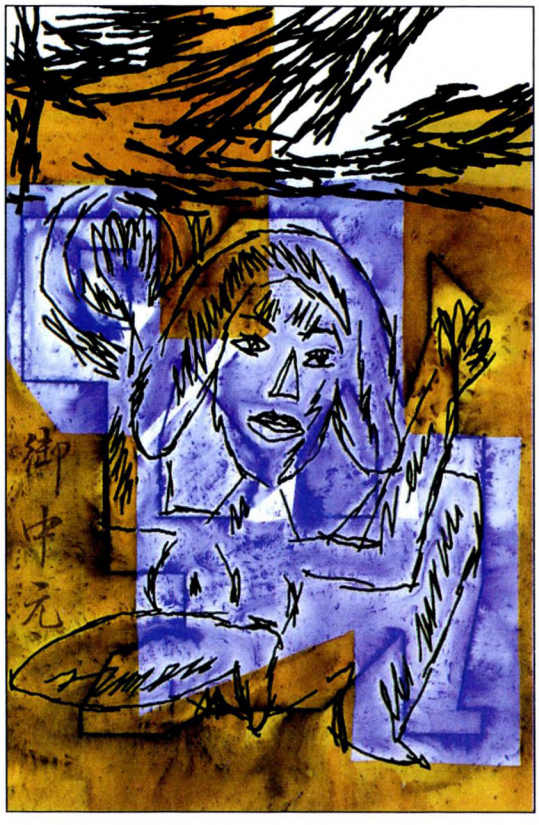
Otra característica común a casi todos los cuentos –y muy personal del estilo de su autor– tiene que ver con la selección temática: las anécdotas elegidas como base no pertenecen a la que podríamos llamar mundo exterior o sociedad o vida de las personas históricas en sus circunstancias medio-ambientales. Pombo prefiere discurrir por los vericuetos de la mente, pasear por los avatares de la interioridad de sus criaturas. Casi todo lo que se cuenta en las diferentes historias son situaciones psicológicas llenas de matices, como si quisiera su autor advertirnos que en la mente de cualquiera de nosotros hay tanta complejidad y tan diferentes posibilidades del mundo, que el espectáculo de la vida parece, a la postre, un transunto de la actividad mental.

El ejemplo quizá más conspicuo de tal diseño es el formidable cuento "Las luengas mentiras", donde a partir de una situación nimia se ha sabido dibujar un entramado de relaciones que se van complicando a medida que el personaje cae víctima de la difícil pirueta psicológica que le subyuga: la mentira, el engaño como arma probatoria de su superior capacidad y modo de salvar su inseguridad psicológica y social.

Si dejamos atrás los dos primeros cuentos, mucho más convencionales –"Avatar con peripecia de la reaparecida...", que es más reducido en sus ambiciones, y "Una acción de paz", cuento éste de género, navideño–, los nueve restantes proyectan la anécdota hacia un valor simbólico, perspectivizado casi siempre por un personaje que focaliza el exterior desde su atalaya interior. El dominio o aprehensión de lo externo en el proceso de maduración de una conciencia parece ser el tema predominante que otorga una cierta unidad a la colección. Pombo, en un prólogo lleno de gracia e inteligencia sobre el concepto de "reciclaje" en literatura (una versión más desenfadada de la traída y llevada intertextualidad), ha reconocido otra seña de identidad de los cuentos de esta colección que no debe pasar desapercibida: "el autor jamás se encoge de hombros ante el destino de sus personajes. Siente por ellos una compasión..." (p. 12).

Tal destino de sus personajes suele ser, como dije, fundamentalmente psicológico, el mágico mundo infantil recreado en una onírica y trágica fantasía en "Los aventados" o la juvenil transición a la complejidad de las relaciones en la Elena de "Alma mater", magistral dibujo de una etapa psicológica que marca el final de la inocencia y el nacimiento de la culpabilidad hacia los padres en la primer parte del cuento. Este tránsito convive con la interesante y sutil experiencia vivida con el profesor en la segunda parte, que supone la dependencia de mirada del otro, cuando se obtiene la dimensión de objeto. Sólo habría faltado una mejor ligazón entre las dos partes para que el cuento resultase perfecto.

En "Solarium", otra de las joyas de esta colección, asistimos a una especie de monólogo interior en que un personaje femenino fantasea sobre su recepción con otra mujer, para abrazar finalmente desde el vitalismo sensualista la liberación de toda angustia. Menos logrado me parece "La soberbia de la vida". Su espléndida coda, con una prosa llena de fuerza, no logra rescatar este cuento de una excesiva explicitud y de una moralina de fondo que lastra sus posibilidades. Se mueve mejor Pombo con la sutil alusión que con la estampa social de un fracaso. Aunque también es hijo del fracaso respecto a los retos y ambiciones infantiles, el excelente "Laki-Luky", que cuenta la anécdota de una atleta traumatizada por no poder superar un record que le brindó el azar, es de factura estilística innovadora e impecable. El espectáculo para el lector es el del estilo directo del monodiálogo con el entrevistador, en que la acción se



cuenta con un ritmo sincopado donde se entreveran con rara maestría tanto la acción contada como la respuesta psicológica de su protagonista ante el fracaso de su experiencia vital.

Con razón se ha referido Pombo en el Prólogo citado al cuento "La semblanza de Muñoz-Vitriera...", porque se trata, y el autor parece saberlo, de uno de los mejores cuentos del libro. Su calidad no sólo nace de la fuerza de la anécdota: –el larvado resentimiento de un discípulo fiel respecto al gran maestro–, sino del eficaz desarrollo de su factura, de su composición, tanto por la excelente *gradatio* de la agresividad emergente, como por el dominio de diferentes registros discursivos que se van alternando: el monólogo del personaje y el dialogismo con la interlocutora son dos registros que sirven el enfrentamiento de dos éticas muy diferenciadas. La lectura de este cuento, complejo, nos introduce en un rasgo del estilo de Pombo al que quiero referirme: la variedad de sus registros. Con demasiada frecuencia los escritores de cuentos adoptan una tonalidad única, bien realista, bien fantástica y desarrollan una composición también monocorde. Pombo no. El lector tiene en estos once cuentos todo el abanico de posibilidades de discurso: diálogo, monólogo interior, estilo indirecto, evocación, fanstasía, realidad cotidiana, etc. Es un conjunto muy polifónico en que lo acontecido se entrevera con lo fantaseado y la escena directa con la reflexión narrativa.

Hay por último otro rasgo en esta colección de cuentos que resulta muy pombiano y que singulariza la manera de narrar de este autor. Me refiero al alto vuelo de su capacidad reflexiva que, a lo largo de la anécdota, y sin estorbar en absoluto, introduce reflexiones nacidas de una buena formación filosófica, pero que va dosificando sin grandes discursos. Logra Pombo en estos cuentos, como ya ocurrió en su novela *Donde las mujeres,* un feliz maridaje de inteligencia y sensibilidad, para nada diferenciados de la emoción. Vaya el lector a la página 156 y encontrará esta joya del machadiano José Maza, que parece un Juan de Mairena imposible hoy: "El final está al principio. Si no estuviese no habría manera de empezar. Si no tuviéramos ya, bajo la forma de sospecha, lo mismo que tenemos después bajo la forma de certeza, nuestras sospechas se multiplicarían unas a otras a capricho, sin saber desde un principio lo que acabamos por saber definitivamente al fin." Silogismo perfecto. O la lúcida conclusión de un Dios cuyo silencio emocional nos sobrecoge (p. 142). ¿Qué narrador español actual que no fuese Pombo podría lograr la feliz inteligencia de la reflexión que sigue : "Si hilas entorpeces la memoria. La memoria es el orden de las partes del olvido... Hablo y hablo para ir sacando las faltas del olvido a la luz de la conciencia, mi memoria" (p. 96). Ésta de Pombo sí es una inteligencia emocional verdadera.

José María Pozuelo Yvancos

Narrativa Hispánica

La necesidad de la crítica

Mario Benedetti
Andamio
Alfaguara, Madrid, 1996

El autor uruguayo plantea en esta novela los cauces de la materialización del pensamiento crítico y las nuevas posibilidades del inconformismo en la sociedad de su país natal, y para ello parte una vez de un tema preferente: el exilio político. Lo sustancial deriva de la perspectiva focalizadora (en pleno "fin de la historia"), que examina el compromiso cívico a la luz de los nuevos imperativos históricos y, en el caso uruguayo, de la instauración democrática, con las deudas, las renuncias y los beneficios que ha supuesto. El protagonista de la novela, Javier Montes, retorna a Montevideo después de haber estado exiliado en España, y su retorno marca el inicio de una reconstrucción anímica paralela a la del propio país. Los reencuentros suelen tener un tono dominante: el descubrimiento de la ambigüedad. Javier Montes encuentra nuevas perspectivas, secretos, dobleces en toda una serie de personajes y observa esas novedades, como requisito previo en su tarea de reinstalación. El listado de encuentros incluye a la misma familia, a los activistas políticos con los que se vinculó Javier antes del exilio, y se extiende también a otras figuras de esa realidad histórica, la de la recomposición democrática: el neoliberal adoctrinado y astuto o el militar, responsable de participar activamente en la represión política. De entre todos esos personajes, Rocío, compañera de lucha política, con la que inicia Javier una relación amorosa, adquiere el mayor protagonismo, pero la originalidad se centra en algunos especialmente responsables del desconcierto, como el mensajero bromista, inutilizo teoría de la lucha política, o algún personaje onírico y fantasmal –como Rita, presencia mágica e inexplicable que flexibiliza el realismo de la novela–. De ese modo, desde el propio pasado familiar hasta la identidad uruguaya en el fin del milenio, desde